



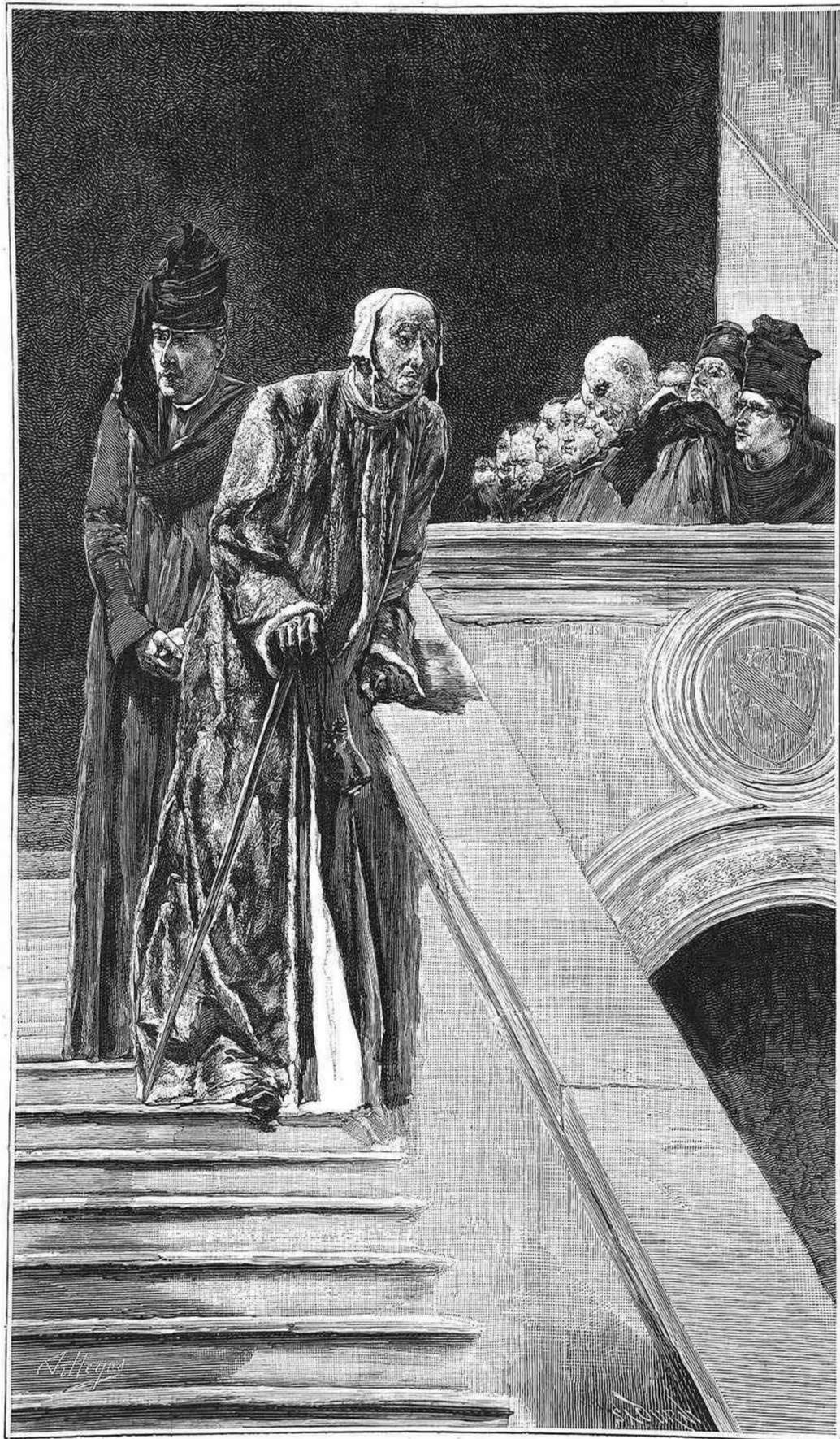
AÑO IV

← BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1885 →

NÚM. 181

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



FÓSCARI ABANDONANDO EL PALACIO DUCAL, acuarela por J. Villegas

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—LOS INVENTORES DE LA INOCULACION ANTICOLÉRICA, doctor don Jaime Ferran y Clua, inventor de la inoculación preventiva contra el cólera.—AMOR DE VIEJO, por don Carlos Malagariga.—MI TIA EDUVIGIS (conclusion), por don A. Sanchez Ramon.—LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS (v y último), por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: FÓSCARI ABANDONANDO EL PALACIO DUCAL, acuarela por J. Villegas.—EL ÚLTIMO REMEDIO, cuadro por Bodenhausen.—RECUERDO DE VENECIA, dibujo por J. M. Marqués.—FLORES DE INVIERNO, dibujo por Jorge Hirt.—EL DOCTOR DON JAIME FERRAN Y D. INOCENTE PAULÍ Y GARCERÁ.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: ¡SALVADA!... cuadro por Matías Schmid, grabado por Brend'amour.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Por cesion.—Zorrilla en la Academia.—El Corpus de hoy y el de ayer.—El padre de Víctor Hugo.—El cólera.—El doctor Ferran.

Costumbre es entre la gente del pelo trenzado que, cuando por cualquier accidente de la lidia se inutiliza uno de los primeros espadas, el último toro le mata, por cesion del que por turno le corresponde, el sobresaliente que los carteles antiguos llamaban medio-espada y los aficionados conocian por medio-cuchara.

Con este, como matador que es sin alternativa, suele ser siempre indulgente el público, contentándose á falta de arte con buena voluntad y tolerándole una lidia que á un diestro de reputacion no consentiria. Algo de esto me ha sucedido á mí hoy. Un repentino viaje de mi querido amigo Ortega Munilla, pone en mis manos in-doctas los *trastos* de escribir esta *Revista de Madrid*, y como sé que con otra salvaguardia no cuento que con la benevolencia de los lectores de la ILUSTRACION, ante todo me dirijo á ellos con la *montera* en la mano, para *brindarles* un trabajo en que sólo mi buena intencion han de ver.

\* \*

Por fin, el señuelo estaba tan bien puesto, de tantas flores se adornó la alambrada portezuela que el ave canora, que desde el año de 1848 venia huyendo de las prisiones de la jaula, ha caido en ella. Al audaz cantor de *Don Juan Tenorio* y de *Don Pedro el Cruel*, debía por fuerza parecerle estrecho calabozo una casa que como la *Academia Española*, rindiendo culto á tradiciones de origen y á necesidades de su mision, ántes prefiere la fria preceptiva de Boileau á los arranques de genio de Shakespeare y de Víctor Hugo, y se ha pasado cerca de cuarenta años sin abdicar de sus ideas de fiera independencia. Sólo cuando la nieve de los años ha enfriado un tanto los ardores de su fogosa juventud, se ha resignado á trocar las verdes palmas que le dieron un dia sombra en los pensiles de Granada por las bordadas en oro que engalanan la casaca de las vueltas verdes.

Don José Zorrilla, el poeta más genuinamente español de nuestra edad, acaba de ingresar en esa especie de cuartel de inválidos que tienen las letras patrias en un rincon de la calle de Valverde. El insurrecto de siempre, se ha acogido á indulto, al fin ha tenido que rendirse; pero su vencimiento ha tenido todos los honores concedidos á los valientes. Como aquellos soldados de nuestros tercios de Flandes é Italia, al abandonar la plaza sitiada ha salido á tambor batiente, con mecha encendida y bala en boca.

Para demostrar que cede, pero que no se da por derrotado, su primer acto en la Academia ha sido una transgresion del uso establecido. El discurso de recepcion del domingo 31 de mayo está escrito en verso. Esto no es completamente nuevo, pero se aparta de la costumbre. En 10 de marzo de 1744 habia hecho lo mismo en su *Oracion panegírica y jaculatoria* el carmelita descalzo Fray Juan de la Concepcion, y más recientemente le habia imitado D. Ramon Campoamor en su *Necrología de don Luis Gonzalez Brabo*.

Pero no es esto todo; el discurso del nuevo académico no sólo en la forma sino en el fondo se sale de los moldes. En vez del desarrollo de un tema filológico ó literario es una modesta biografía y una humildísima confesion de lo que él llama sus errores. Desde este último punto, con todo el respeto que el ilustre poeta nos merece, no podemos menos de decirle que se ha equivocado.

El poco aprecio con que mira sus propias obras hace en él el mismo efecto que hace la vanidad en los que estiman en más de lo que valen las suyas: le ciega. Decir á una generacion que ha tenido idolatría por sus versos, que *Margarita la Tornera*, que *A buen juez mejor testigo* y *El capitán Montoya* es una *poesía inodora, rítmica y musical, mas sin ideas*, sacrilegio es que sólo á él puede tolerársele.

La idea más alta, la principal idea que tiene el arte es la realizacion de la belleza y no la resolucion de ecuaciones de segundo grado. Discuta en buen hora si la Real Academia Española cumple con su mision al conceder un sillón vacante, no al que pueda prestarle mayores servicios sino al que con más relevantes méritos literarios cuenta, y entónces quizá estemos en parte conformes con sus apreciaciones. Pero mientras la medalla que acaba de ceñirse á su cuello represente, ántes que todo, una recompensa al talento, sólo le diremos que para estar por fuero propio allí, habrá álguien que con tantos méritos como él cuenta, con más ninguno.

\* \*

Ni nuestra manera de ser, ni nuestros trajes mismos se prestan á dar á las procesiones aquel carácter de ostentacion y de magnificencia que debieron tener en otros dias. La del *Corpus* ha salido este año como todos, no ya de aquel templo de la Almudena, que con el dolor que la nostalgia del pasado produce vimos derribar hace unos cuantos años, sino de la vecina iglesia del Sacramento, y ha paseado la larga fila de sobrepellices y uniformes que preceden, subsiguen y rodean á la cincelada custodia bajo los tradicionales toldos de anejo con que el Ayuntamiento defiende la carrera de los ardientes rayos del sol de junio.

Todavía las damas acuden á la calle Mayor y á la de Carretas á lucir sus galas y á buscar las miradas de los galanes; pero ya la procesion no es otra cosa que un incidente de la vida ordinaria al que se le da menos importancia que á la corrida de Beneficencia ó á la inauguracion de los Jardines del Buen Retiro.

La poética gala de los tiempos de la Casa de Austria pasó para siempre. Entónces el del *Corpus* era un dia en que se venia pensando desde un mes ántes en las modas nuevas que pondria la *Tarasca*, maniquí de madera que recorria las calles ostentando el figurin que ahora nos da *El Salon de la Moda*, en tal balcon que se habria de alquilar para ver la corrida de toros en la Plaza Mayor, ó en el puesto que nos corresponderia para asistir á la representacion de un auto de Lope ó de Calderon, que al aire libre ejecutaban las más renombradas compañías de faranduleros de los corrales de la Pacheca ó de la Cruz.

Hoy la cosa ha variado de aspecto. La procesion del *Corpus* no es más que un acto oficial para unos y una de tantas maneras de exhibirse para otros. Hasta el paseo que por bajo de los toldos era costumbre hacer, se va haciendo cada dia mas breve. El concierto de la tarde, los preparativos para oír á la *Judic* ó el asistir á prodigar nuestros aplausos á Lagartijo y á Frascuelo absorbe nuestra atencion. La asistencia á la solemnidad religiosa no queda en nosotros mas que como un tributo rendido á la tradicion. A otros tiempos, otras costumbres. Así como Felipe IV mostraba á los ojos del protestante príncipe de Gales la aparatosa ostentacion de nuestro fanatismo religioso, haciendo desfilar por ante sus ojos millares y millares de frailes, nosotros hacemos gala de nuestra indiferencia. Para ciertos moralistas trasnochados aquella era la verdad; para ciertos filósofos modernos la verdad es esta; para nosotros lo son las dos y no lo es ninguna. Como cada siglo tiene sus trajes, el pensamiento tiene sus atavíos.

\* \*

A Madrid han llegado tambien los ecos del duelo que ha embargado á Paris. Los funerales de Víctor Hugo han preocupado á Europa entera, y la corte de España, el país en que tal vez recibió los primeros gérmenes de cultura el genio de la Francia moderna, no podia menos de asociarse al dolor general.

Los periódicos todos han llenado sus columnas de biografías, juicios críticos y fragmentos de las obras del campeon del romanticismo. En uno de ellos hemos visto un retrato del general Hugo, padre del poeta y gobernador de esta M. H. villa en los tiempos del rey José.

Aquel rostro apacible y bondadoso que nuestros abuelos debieron mirar con el odio con que se mira siempre al invasor, se contempla ahora con veneracion y con respeto por nosotros. Todo esfuerzo generoso tiene su recompensa. La serenidad de alma que los versos del poeta nos ha infiltrado, ha convertido nuestro rencor en lágrimas que han ido á refrescar la tumba del que le dió el sér.

Las fronteras que un conquistador por talento y audacia que tenga no puede franquear, las borra un rimador cualquiera con tal de que su frente esté iluminada por la llama de la inspiracion.

Napoleon no pudo hacer suya á España. Víctor Hugo la ha hecho hermana de la Francia.

\* \*

Sobre todas las preocupaciones, sobre la misma política, que es la más arraigada hoy, existe una en estos momentos que nos lo hace olvidar todo. El espíritu de conservacion con su innato egoísmo nos preocupa de tal manera que nadie está exento del temor que embarga todos los ánimos.

La palabra fatídica ha resonado en el espacio. El cólera, ese temible viajero que desde las orillas del Ganges se obstina en hacer su visita anual á Europa, se dice que se ha puesto en camino. El mal recibimiento que se le hace siempre, no le desanima.

Hoy existe á la par que el miedo una esperanza. La inoculacion del doctor Ferran puede llegar á ser el cañon que defiende las fronteras del terrible invasor.

El sabio médico como todos los innovadores, encuentra obstáculos. ¿Vencerá? Colon sin encontrar un nuevo mundo, hubiera sido un loco. Una vez encontrado, es la admiracion de la humanidad.

ANGEL R. CHAVES

## NUESTROS GRABADOS

FÓSCARI  
abandonando el palacio ducal,  
ACUARELA POR J. VILLEGAS

Como composicion encontramos algo fria esta obra; como ejecucion pocas en su género la igualan, ninguna la aventaja. No cabe mayor firmeza, mayor seguridad,

mejor manera de dar color á unas figuras y luz á un cuadro.

Sin que nadie haya puesto debajo de él: «hé aquí una obra maestra», el público que visita el Museo Martorell se detiene ante la acuarela de Villegas, dominado por el atractivo especial, comun, irresistible del verdadero mérito.

## EL ÚLTIMO REMEDIO, cuadro por Bodenhausen

Cuando la medicina se declara en derrota en su lucha con ciertas enfermedades incurables, cuando el mal está en el alma y no en el cuerpo, cuando el doctor comprende que los remedios de la botica mortifican al paciente sin aliviarle, cuando á la vista de la nueva pócima, cada dia variada, el enfermo sonríe tristemente y eleva la mirada al cielo como apelando ante Dios de la petulante ignorancia de los hombres; el galeno más curtido se encuentra en el caso de ordenar una de estas dos cosas.

O bien que preparen espiritualmente al enfermo, ó bien que éste cambie de aires por mucho tiempo. Lo primero hace el médico que quiere salvar un alma; lo segundo hace el médico que quiere echarse el muerto fuera. El médico de la enferma que reproduce nuestro grabado, pertenece á los de esta última clase.

Hé ahí, pues, á nuestra jóven desterrada facultativamente de su hogar, errando solitaria por el campo, este campo que es tan bello siempre cuando el que disfruta de él tiene delante de sí un horizonte lleno de luz, de vida, de esperanza; pero que, á causa de la breve existencia de sus galas, recuerda lo efímero de la juventud y el fácil tránsito de la primavera florida al otoño agonizante...

No se necesita ser muy lince para comprender que la enferma del cuadro padece de ese mal horrible, misterioso, mortal, que aniquila el cuerpo y ántes que al cuerpo aniquila la alegría, la expansion, el calor de la juventud entre la cual escoge sus victimas. Hé aquí la causa de ese paseo solitario, de ese emponzoñado bienestar que experimenta la jóven de nuestro cuadro, que languidece y muere, entre las sombras de la noche, como Zelika á la sombra del funesto manzanillo.

¡Pobre niña!... Tan jóven y ama la noche, el silencio, la soledad; cuanto tiene conexion con el sepulcro... El campo está en su primavera; tambien en la edad primaveral está la niña: sin duda alguna ambas primaveras tendrán igual invierno!...

RECUERDO DE VENECIA,  
dibujo por J. M. Marqués

¡Otro recuerdo de Venecia!...

Es mucha tenacidad la de esos artistas que han establecido su cuartel general en la *piacetta*!... No parece sino que la fuente Castalia del pintor queda circunscrita al pozo de bronce del palacio ducal!... ¿Por qué no buscar en la naturaleza algo nuevo, algo distinto, algo no menos plácido, no menos bello?...

El artista, segun Marqués, y segun muchos que como él piensan y sienten, es un poeta como cualquier otro. Quien dice poeta, dice enamorado, pero enamorado por sus cuatro cabos, cual si dijéramos enamorado tonto. Ahora bien, de la misma manera que nadie dirige un cargo á Dante porque viniera siempre á su mente la idea de Beatriz, ni á Rafael porque reprodujera en todas sus *Madonnas* la imagen de la Fornarina, ni á Zorrilla porque, de mozo y de viejo, suspira constantemente por la oriental Granada; tampoco puede culpársele al pintor si en sus cuadros rinde preferente culto á la sin par Venecia, que es la ciudad del amor artístico.

—Dadnos—dicen los artistas que sienten como Marqués—otro cielo como el cielo veneciano, otro sol, otros canales, otros palacios, otras mujeres como las de Venecia, y vuestras observaciones serán justas. Pero mientras haya una sola Venecia para el artista, figuraos que ella es la amada de su corazon y no le dirijais un cargo por su constancia.

## FLORES DE INVIERNO, dibujo por Jorge Hirt

Para apreciar debidamente un florero no basta un dibujo; es indispensable el color. Hé aquí por qué nuestro grabado no da exacta idea del mérito de ese ramo, por más que pueda apreciarse la fidelidad de los objetos copiados y la elegancia artística de su combinacion.

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡SALVADA!...  
cuadro por Matías Schmid

Este cuadro, de conmovedor asunto, causa, á su simple vista, toda la impresion que su autor se ha propuesto. Dos jóvenes amantes trepaban por las abruptas montañas tirolesas: él narraba á su prometida arriesgadas empresas cinegéticas y ella cogia, al paso, sencillas flores que pensaba colgar del cuadro de la Virgen colocado á la cabecera de su humilde lecho. A menudo detenian el paso, y mientras el mancebo fijaba en la doncella su mirada radiante de amor y de felicidad, la doncella bajaba los ojos modestamente y suspiraba con un candor digno de su inocente pasion.

De repente, resuena un grito de horror, y cual haciendo eco á ese grito, oyes un rugido, un verdadero rugido de leon á cuyo lado matan á su hembra.

La doncella ha desaparecido cual tragada por el abismo, en cuyo fondo debe haberse estrellado... Su prometido, petrificado al borde de la peña, trata en vano de sondear los misterios de la impensada tumba.

No obstante, vuelve en sí de pronto: el abismo guarda un cadáver mutilado; pero este cadáver le pertenece y está resuelto á disputárselo á todas las aves carnívoras del mundo. Sus amigos ciñen su cuerpo con una cuerda, y el atlético cazador desciende al fondo de la montaña, dejando en cada peña un jiron de su traje y de su carne... No importa; las águilas no se cebarán en el cuerpo de la gentil doncella.

Desciende mucho, descende más... Busca, escudriña, llama á voces á su amada, cual si los muertos oyeran á los desesperados; y al sentar los ensangrentados piés en una roca saliente ¡oh prodigio! aparece á su vista la bella prometida, no muerta, no destrozada por el choque contra la dura peña; sino desmayada simplemente, tendida como pudiera en un lecho de flores... Su grosero vestido, enredándose en el tronco de un árbol carcomido, la ha dejado suspendida al borde del abismo. No en vano la sorprendió la catástrofe cogiendo flores para la Virgen de sus oraciones!...

Tiene esta composicion verdadera grandiosidad y poesía. Quizás el cuerpo de la hermosa doncella se resiente poco de la rudeza del golpe, que rudo ha debido ser á pesar de todo; quizás su semblante aparece demasiado tranquilo, mal reflejando el horror instantáneo de su última impresion; quizás *duerme* demasiado y hay en toda ella excesiva impunidad... Enhorabuena; no por esto el lienzo es ménos admirable y la impresion que causa ménos merecida.

**EL DR. D. JAIME FERRAN Y OLUA**

*eminente microbiólogo*

É INVENTOR DE LA INOCULACION PREVENTIVA CONTRA EL CÓLERA

España, Europa, la América culta, todo el mundo civilizado conoce ya el nombre de Ferran como uno de los personajes que más atraen hácia sí las miradas y la atencion de los sabios contemporáneos en los momentos actuales.

¡Privilegio exclusivo del genio! decir una palabra, pronunciar una frase, emitir un concepto, exponer una teoría, publicar un invento, y como si fuese la inteligencia un inmenso foco de atraccion universal, convergen instantáneamente hácia él, como astros de secundaria magnitud, todos los talentos y todas las ilustraciones; pero si la palabra ó la idea, la teoría ó el invento es de aquel orden que puede producir inmediatamente un bien supremo á la humanidad, la humanidad tambien hace la causa del genio y agitándose en torno de él y movida como por un resorte mágico, le ensalza y le sublima y toma nota de este hecho gigante para transmitirlo como una página de oro que sus anales entregan á la posteridad.

A esta clase de genios, y á este orden de inventos ó descubrimientos pertenecen el genio y el descubrimiento del doctor Ferran.

Cerebro fundido para las grandes meditaciones científicas, espíritu templado para el calor que ha de gastarse en las grandes empresas, apénas ha revelado al mundo científico un destello de sus raras aptitudes y de sus incansables actividades intelectuales y el mundo científico se ha conmovido y sigue sus pasos y observa sus estudios con religiosa expectacion. Los pueblos, en tanto, más directamente beneficiados por su invento, con aquella espontaneidad y con aquella febril agitacion con que se mueven las masas cuando las impulsa una idea generosa ó un ideal sublime, le proclaman ya como vencedor.

¡Vencedor de la muerte! ¡Vencedor del cólera! Así le invocan las gentes. ¡Inventor de la vacuna anti-cólerica! Así le consideran las ilustraciones científicas y las corporaciones sábias. ¡Qué hermosos dictados para transmitir á la historia! ¡Un nombre circundado por los resplandores de la inmortalidad!

Ferran nació en Corbera, provincia de Tarragona, por febrero del año 1848 y su dichoso padre, reputado facultativo de Tortosa, inclinó su ánimo hácia el estudio severo de las ciencias médicas. Con extraordinaria brillantez cursó su carrera en la Universidad de Barcelona, que terminó en 1873 instalándose un año más tarde en Tortosa.

Atraído por su vocacion científica á la investigacion de las causas ocultas de la enfermedad en el nuevo orden de ideas no hace mucho tiempo tan brillantemente inaugurado por Pasteur, aficionado por temperamento y por carácter á los estudios de medicina experimental de Claudio Bernard, Ferran, que tenia en Tortosa una vasta y distinguida clientela, quitaba un poco del ejercicio de su profesion, y robaba á sus enfermos el tiempo posible para dedicarse á estudios de gabinete y trabajos de laboratorio. Así trascurrieron algunos años, gastando el Dr. Ferran vida, intereses y algo del inmenso caudal de fuerza de voluntad que atesora. La primera revelacion de sus conocimientos panspermistas, es muy reciente; data del año último en que la Real Academia de Medicina Española le premió muy merecidamente una obra sobre la accion patógena de las bacterias en las enfermedades infecciosas.

Al caer de la tarde de uno de esos dias calurosos de estío en que está abrumada la imaginacion por la lasitud en que sumergen á la fibra nerviosa las altas temperaturas, discurrían Ferran y Paulí junto á las riberas del Ebro, como si reconociéndose con aptitud para una gran empresa, soñaran en algo sobrenatural que pudiera facilitarles los medios de realizarla. Parecidos al apóstol de la leyenda, no les faltaba más que el aliento de algo extraordinario que les impulsara en el camino de su revolucion científica. Pero esta vez no fué necesaria la vision divina; ésta tomó precisamente por aquellos dias la forma de un acuer-

do del Exmo. Ayuntamiento de Barcelona nombrando á Ferran, mediante riguroso concurso prévio, miembro naturalista de la comision científica pensionada por aquella corporacion para estudiar la epidemia reinante á la sazón en Marsella.

El resultado de los trabajos de aquella comision por parte de nuestro biografiado, son precisamente el descubrimiento de la morfología del *bacilo virgula* de Koch y la atenuacion del microbio colerígeno para producir el cólera experimental; y á imitacion de lo que sucede con otras vacunas de afecciones parasitarias con tanto valor y éxito llevadas á cabo por el gran Pasteur, preservar por medio de una ligera infeccion artificial, de los estragos que la misma enfermedad produce cuando se desarrolla espontáneamente.

¿Habrá conseguido su propósito el Dr. Ferran?

Hasta ahora están de su parte, en el terreno de la especulacion, la mayoría de los más eminentes microbiólogos de Europa que conocen sus trabajos y siguen con verdadera ansiedad la comprobacion probable de los mismos.

Si una extemporánea ingestion oficial no hubiera cortado el vuelo á los ensayos iniciados por el Dr. Ferran, el problema sin duda estaria ya resuelto. A pesar de ello, las experiencias hasta el dia llevadas á cabo en la provincia de Valencia hablan con el lenguaje más elocuente de las ciencias experimentales, con el dato irrecusable de brillantes estadísticas, testimonio de mayor excepcion porque se funda en los números que no pueden engañar.

LA ILUSTRACION ARTISTICA al rendir hoy este homenaje de admiracion y de respeto al sabio, al eminente microbiólogo Dr. Ferran, cumple sencillamente un deber que su mision científica, á la par que artística, le impone.

Quieran las pasiones de los hombres no retardar el dia del triunfo definitivo del Dr. Ferran; porque aquel dia nacerán á nueva vida y brillarán con decoro inaudito la ciencia patria y la tan ultrajada medicina española.

**DR. INOCENTE PAULÍ Y GARCERÁ**

COLABORADOR DEL DR. FERRAN

Cuando el Dr. Ferran pensó en optar al concurso abierto por el Ayuntamiento de Barcelona para pensionar una comision que estudiara la última epidemia de Marsella, sintió cierta vacilacion en su espíritu y un tanto de contrariedad en su alma, para lanzarse á semejante empresa con toda la decision y valor que ella reclamaba; le faltaba el brazo inteligente que secundara su esfuerzo, el aliento que le animara en los momentos de prueba y de desmayo; el corazon que con las palpitaciones de su entusiasmo juvenil le pudiera sostener en las tremendas luchas que el porvenir pudiera depararle.

Ese brazo, ese aliento y ese corazon soñados por el Dr. Ferran, encontraron, al mismo tiempo que aquella vacilacion y aquella contrariedad, una forma sensible y una personalidad irremplazable en la del modesto cuanto ilustradísimo jóven Dr. D. Inocente Paulí.

Puede estar satisfecho el sabio astrónomo de Tortosa Dr. Landerer, cuyo nombre saludan con respeto las ilustraciones nacionales y extranjeras; su discípulo predilecto el Dr. Paulí, que aprendió de sus labios las primeras nociones de las ciencias físicas, y en cuyos vastísimos conocimientos saturó su espíritu de las verdades que encierra el misterioso libro de la naturaleza, es en realidad un discípulo por el que pueden aquilatarse las superiores condiciones del maestro. Reciba nuestro buen amigo Landerer y como de paso este débil testimonio de nuestra admiracion y afectuoso respeto, que tambien los hijos de la inteligencia son gloria y encanto de sus progenitores en las distintas manifestaciones del saber humano.

Nacido en Tortosa, provincia de Tarragona, apénas cuenta 30 años, y es aún más jóven por su carácter que por su edad, hasta el punto que algunos hayan llegado á creer que sea llamado Inocente por antonomasia; tal es la dulzura de su trato y la frescura de su candor varonil. Ello no obstante, hacen contraste notable con estas nobles cualidades, su infatigable constancia para el trabajo de la inteligencia y su amor decidido por el estudio de las ciencias físico-naturales y exactas.

Con Landerer estudió la física, la química, la historia natural, la astronomía, la geología, y la paleontología, llegando á cautivarle tanto su vocacion y sus aptitudes para esta clase de conocimientos, que no se oculta su maestro en llamarle su discípulo más querido; habiéndole dado buen testimonio de ello con el hecho de haberle dedicado un fósil (Janira Paulí) con objeto de perpetuar su nombre. Esta especie nueva fué recogida con otras por el mismo Paulí cuando para sus prácticas de geología estudiaba con el Sr. Landerer.

Recibido de doctor en ciencias físico-químicas en la Universidad de Barcelona, se dedicó al cultivo de las mismas, y queriendo demostrar que no sólo se gozaba en el estudio contemplativo de las bellezas de la naturaleza, á pesar de su corta edad, ha dado ya á la ciencia valiosas pruebas de lo mucho que de él puede esperarse.

Figura, y no sin razon, entre los primeros electricistas de España; en colaboracion con el Dr. Ferran es autor de la teoría del micrófono que por abandono de nuestra patria ciencia lleva el nombre de Munro que la publicó año y medio más tarde que nuestros célebres compatriotas. Asimismo y en colaboracion tambien con el Dr. Ferran, es autor de otra teoría del *telectroscopio* para transmitir á distancia las imágenes coloreadas que por falta de recursos materiales no han podido poner en práctica sus autores.

Durante el tiempo que figuró al frente de la Sociedad Española de electricidad, inventó un procedimiento para la determinacion de la resistencia de las pilas eléctricas, y una lámpara de incandescencia, utilizando como materia combustible la pita.

Con estos antecedentes bien podia haber pensado el doctor Ferran, en que el jóven Paulí fuese su compañero en sus trabajos de Marsella y de Tolon, en sus investigaciones del modesto laboratorio de Tortosa y últimamente en su gloriosa campaña anti-colérica en la provincia de Valencia.

Por eso Paulí no se separa un momento de Ferran; se completan de tal modo por sus aptitudes, por su distinto carácter, por el entrañable cariño que mutuamente se profesan, que apénas se conciben el uno sin el otro, y los que olvidados del mundo, allá en los hospitales de Marsella y Tolon y en su improvisado laboratorio de la cocina del hotel en que habitaban, no daban paz á su inteligencia ni á su mano para arrancar á la muerte del colérico el secreto de su misteriosa fuerza; hoy que han triunfado á la faz del mundo de tan tremenda incógnita, juntos recogen tambien los laureles de tan gloriosa victoria.

No es médico Paulí, pero merecia serlo; es un bacteriólogo consumado, y sabe de microbiología lo que desgraciadamente aún ignoran muchos médicos.

Si en dia no lejano la civilizacion actual ó la posteridad, levanta algun monumento á la indisputable gloria del doctor Ferran, será á todas luces injusta, si junto á la majestuosa figura del inventor de la inoculacion anti-colérica, no coloca la no ménos digna y simpática de su infatigable colaborador el doctor Paulí.

DR. M. CANDELA

**AMOR DE VIEJO**

I

En los dias que precedieron á la muerte de don Benito nuestras relaciones de vecindad se estrecharon y llegaron á serlo de cariño en fuerza de la conmiseracion que me inspiraba aquel pobre anciano.

Don Benito se moria, solo y en la más triste de las soledades, aquella soledad de *dos en compañía*, más espantosa que la del ermitaño, de que habla Campoamor.

Doña Romualda, su esposa, me habia parecido, en las pocas semanas que llegué á tratarla, una mujer insustancial y egoista, como muchas de su edad, los cincuenta, cuando no se han perdido todavía las ilusiones ni se han vuelto los ojos al cielo; cuidábase muy poco de su esposo, como habia cuidado poquísimos de sus ancianos padres.

Por lo demás, en la casa donde vivíamos se la tenia por mujer casera y hacendosa.

Los dos, gracias á esto, vivian algo desahogadamente con los diez mil reales que ganaba don Benito en el Tribunal de Cuentas; justo premio á treinta años de oficina, siendo querido de sus jefes por asiduo y por insignificante.

No habian tenido hijos, y esto quizás es la clave de la verídica historia que voy á contar.

II

La conoció en los jardines del Buen Retiro el último verano.

Aquel domingo habia sido el calor muy sofocante y salieron mis dos vecinos muy tarde de su cuarto: doña Romualda misma fué la que propuso entrar en los jardines.

A las ocho y media todavía no hay nadie en el Retiro y cuando llegaron pudieron escoger un buen sitio.

Al poco rato, cerca, muy cerca de ellos, se sentaron cuatro personas, dos hombres y dos mujeres: la silla de una de estas, la madre, tocaba á la de don Benito; más allá el padre; delante de ellos, los dos novios que se hablaban al oido.

Fué llegando gente y empezó para doña Romualda la para ella entretenida ocupacion de analizar y describir los trajes de las señoras que entraban en los jardines.

Pero don Benito no la oia, estaba distraído. Un momento ántes acababa de oir una voz de timbre raro, así como de niña que pasa á ser mujer, una voz algo ronca. Era la novia que, suspendiendo el cuchicheo amoroso, decia:

—¿A qué hora empieza la funcion, papá?

Don Benito volvió la cabeza y *la* vió.

¡Pobre viejo! Más le valiera no haberla visto nunca.

III

Era muy jóven, la tez blanca, los ojos azules, el pelo rubio con reflejos rojos, el talle delicado, el pecho levantado y espléndido. Su sencillo traje delataba minuciosamente sus encantos, y medio ocultaba su frente un inmenso sombrero que envolvía en una penumbra encantadora su animado semblante. La falda corta dejaba ver el pié chiquito y jugueton.

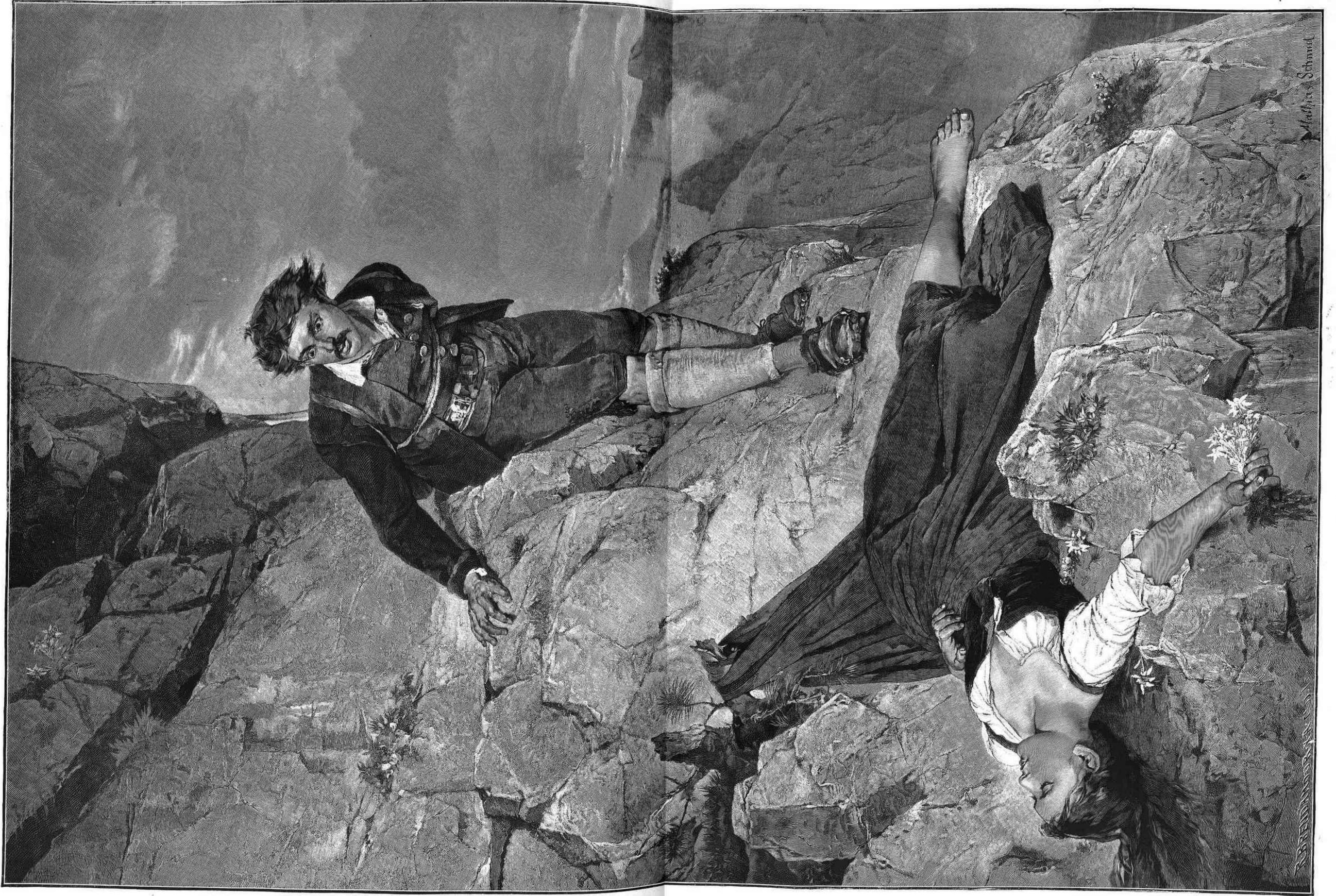
Todo esto no lo vió don Benito entónces: más tarde fué viendo y adorando tantas perfecciones; pero aquella noche no sintió más que un deslumbramiento al principio, y luego una sensacion dulcísima parecida á aquel atontamiento de que nos damos cuenta ántes de dormirnos...

Para mirarla debia hacer un pequeño esfuerzo que quizás habria llamado la atencion del padre y seguramente la de doña Romualda. Por esto no la miró más que una vez durante el primer acto, y otra en el segundo interme-



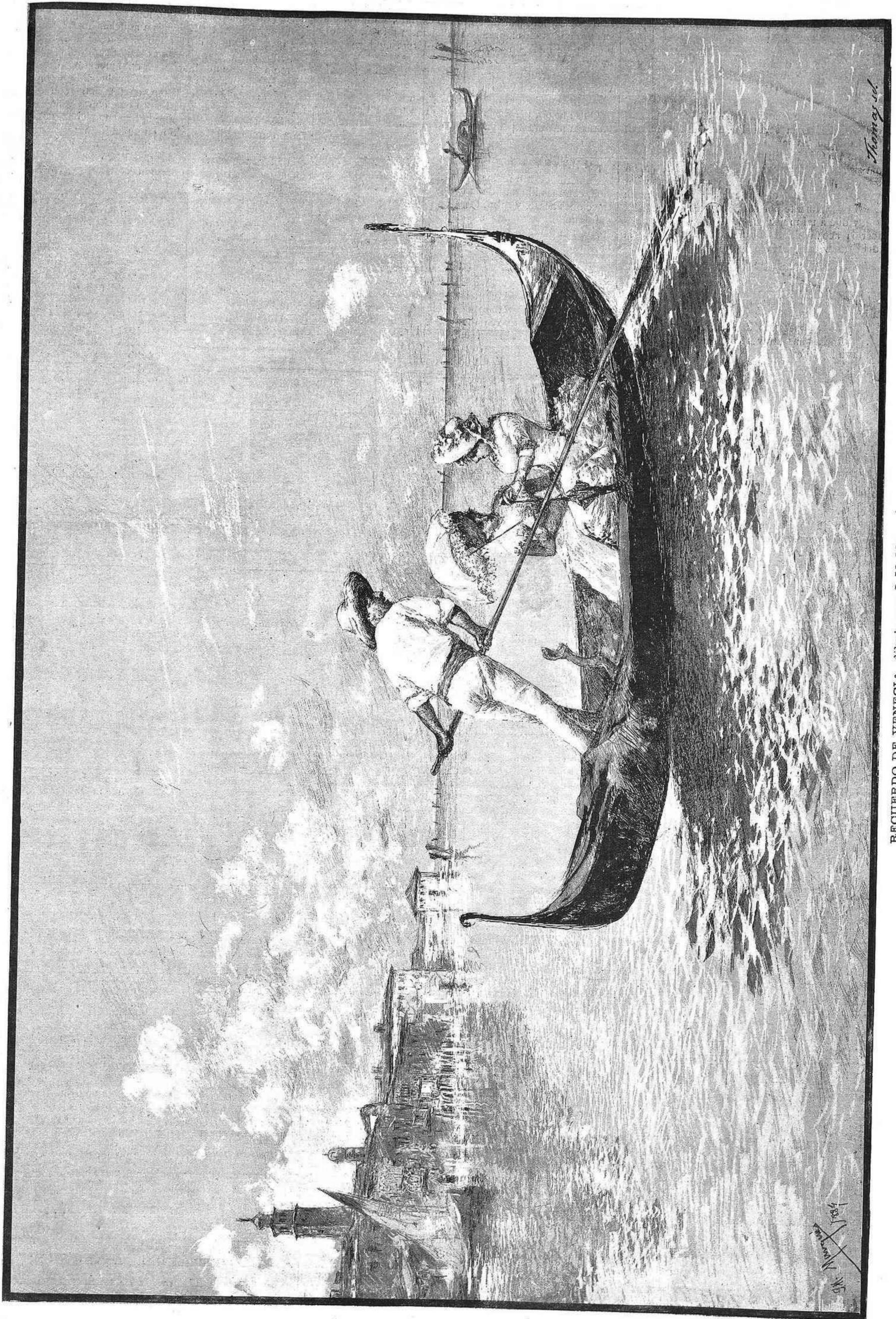
EL ÚLTIMO REMEDIO, cuadro por Bodenhausen





¡SALVADA! CUADRO POR MATÍAS SCHMID





RECUERDO DE VENEZIA, dibujo por J. M. Marqués

Thomson sc.

J. M. Marqués  
1875

dio. En aquel momento ella volvió la cabeza y sus ojos tropezaron con la mirada de don Benito.

Este no vió nada, no sintió más que una ligera incomodidad en las sienes: la mirada de ella resbaló y fué á perderse entre los árboles.

Ella tenía quince años.

Don Benito sesenta y dos.

## IV

«A aquella noche,—me contaba pocos días antes de morir—aquella noche no la seguí. Pude ver, sin embargo, desde la puerta de los jardines que ella y su familia se paraban junto á la Cibeles, sin duda en espera del tranvía.

»Al día siguiente, en cuanto salí de la oficina, bajé á Recoletos y siguiendo los rails del tranvía unas veces y por la acera otras, llegué hasta el fin de la calle de Serrano: volví despues lentamente por el mismo camino, llegué á casa, comí y dije á mi mujer que aquella noche no bajaría á hacer la acostumbrada tertulia á doña Jesusa,—la vecina del otro segundo al lado de su cuarto de V.—porque habíamos empezado en la oficina un trabajo que me ocuparía durante muchas noches, lo ménos hasta las doce.

»Y corrí desalado al Retiro.

»El telon estaba levantado; esperé impaciente con una opresion horrible en el pecho: en cuanto acabó el acto empecé á buscarla; tropezando con unos, dando excusas á otros, derribando sillas atravesé febrilmente por entre aquella multitud. ¡No estaba!

»¡Qué noche pasé, Dios mio! Volví las siguientes y tampoco la ví: sólo que entónces iba temprano y la aguardaba á la puerta, sentado junto á un puesto de agua, tres y cuatro horas, creyendo verla en cada grupo que se acercaba.

»No entraba porque me convenia ahorrar por si iba á los Jardines ocho ó diez noches seguidas: mi mujer me ha tenido siempre á raya en cuestiones de dinero.

»A los cuatro días ¡bien lo recuerdo! era noche de concierto, la ví entrar: iba con su padre; ni su novio ni su madre la acompañaban. Entré apresurado en su seguimiento.

»Se sentaron junto al kiosko de la orquesta: yo me situé á corta distancia... Tres horas viéndola; tres horas de felicidad sin límites, la mayor que he gozado en mi vida.

»¡Qué deliciosa música la del concierto de aquella noche! ¡Qué fresco y perfumado estaba el ambiente!

»Creo que al fin llegó á fijarse en mí, pero cómo su inocencia podía adivinar la pasión que me ha inspirado? Además, yo, un viejo, con todo el aspecto de raquitismo y pobreza que me han dado las largas horas que he pasado en la oficina... ¡Imposible!

»Sin embargo, fui feliz.

## V

»Durante el resto de aquel mes de agosto seguí yendo á los jardines los viérnes y domingos, que eran los días que ella iba.

»Una noche me llené de resolucion y quise seguirla: subí al tranvía, pero me pareció ver en su padre cierto recelo... Tuvo un modo especial de mirarme, primero á mí y despues á ella... Bajé en cuanto paró el tranvía y me marché...

»Acabó el verano: las primeras ráfagas de viento frio cerraron los jardines y mataron mi última esperanza. No la volví á ver más.

»Una tarde me pareció distinguirla en un coche; pero fué tan rápida la vision que no la pude seguir. Además, la enfermedad me habia robado ya las fuerzas.

»Y aquí me tiene V. pobre viejo que muere del mal de amores.»

## VI

¡Pobre don Benito!

Ayer murió y su último pensamiento fué para ella.

Murió de la pasión trágica, irremediable, de Fausto y de Claudio Frollo: el amor de viejo.

Murió, alentando, quizás en el fondo de su alma, la esperanza de que un día un átomo perdido de su cuerpo tocará aquellos divinos labios.

CÁRLOS MALAGARRIGA

## MI TIA EDUVIGIS

(Conclusion)

El ruido me sobrecogió de tal modo que estuve á punto de caer en tierra desfallecido, pero la misma inminencia del peligro obró en mí una reacción tan rápida, tan completa, que sacudí mi desvanecimiento, no sin que mis sentidos me repitieran el eco de otra burlona carcajada que acabó de aturdirme... Creyendo escuchar la voz irridada de mi perseguidora ó de mi preceptor, reprochándome mi desobediencia; pensando, más que en los castigos que sobrevendrían, en las nuevas dificultades que aquel contratiempo habia de crear á mis propósitos de emancipacion, lancéme como un loco á la escalera y la bajé precipitadamente hasta llegar á la estancia en que habia dejado á mi tia... La buena vieja dormitaba aún en su sillón, dando cabezadas, pero al aproximarme, despertóse, y me preguntó de la manera más natural del mundo: —¿Qué es eso, Felipe, por qué corrias?... ¿Por qué corrias?...

Iba á contestar, inventando cualquier excusa, cuando

el gato negro, que un momento ántes retozaba no muy lejos de aquel sitio, surgió instantáneamente entre nosotros, y saltando sobre las rodillas de mi tia, se puso á restregarse y á roncar de un modo extraño, en tanto que sus profundos ojos amarillos se fijaban en mí con una expresión de inteligencia y de maldad que me hizo estremecer.

Pero mi terror no tuvo límites cuando escuché que la vieja añadía con acento de profundísima convicción:

—Has subido á la buhardilla... ¡Bien lo sé!

Quise negar, pero mis labios se resistieron á articular una sola palabra... ¡El gato negro me miraba siempre!

## V

Sometido á otro régimen ménos severo, con más expansion, con más libertad de la que gozaba, con algunas distracciones acaso, y sobre todo, con el comercio exterior del mundo que facilita ese cambio de ideas y de impresiones tan necesario á la vida moral del individuo como la renovacion del aire lo es á la material, mi espíritu se hubiera curado indudablemente de aquella cruel dolencia que lo combatía, de aquella constante preocupacion que ya comenzaba á perturbarlo; pero lejos de esto, todo, hasta lo que en otras circunstancias hubiera parecido insignificante, contribuyó poderosamente á exacerbar el daño, dándole cada día un incremento que amenazaba con funestísimo desenlace. La reclusion, la soledad, habian hecho mi carácter prematuramente sombrío y reconcentrado; el rigor de que sistemáticamente era víctima por parte de los que me rodeaban, habia puesto una gota de hiel en mi alma, gota que poco á poco habia ido creciendo hasta inundar todo mi sér en una inmensa oleada; la incesante contemplacion de unos mismos objetos, los cuales me eran repulsivos por las angustias, por los martirios que me recordaban, producíame una exasperacion y un disgusto de la vida cuya intensidad trataria en vano de describir; y por último, aquel interminable cúmulo de contradicciones, de *pequeñeces* acaso, aquel espionaje, aquella persecucion tenaz á que una necia suspicacia me sometía, habíame hecho hipócrita, disimulado, vengativo, cruel, en una edad, cabalmente, cuyo más rico patrimonio es la abnegacion, la franqueza y la generosidad.

Tan horribles estragos habia producido en mí la pernicioso influencia del medio en que vivía, que mi espíritu, extraviado por terrores inconcebibles, se habia hecho obstinadamente supersticioso. ¿Lo creéis?... Ya no era antipatía ó disgusto lo que aquel gato negro me inspiraba, era... ¡miedo!.. un miedo espantoso, de naturaleza tanto más extraña cuanto que yo, en mi delirio, atribuía al pobre animal una inteligencia, una conciencia de todos sus actos, una premeditacion tan acabada que mil veces hubiera jurado que él era el agente puesto por Satanás en aquella casa para acecharme de continuo, estorbar todos mis propósitos y delatarlos al fraile ó á mi tia.

Alucinado, pues, con esta idea, en extremo extravagante, mi suprema, mi única felicidad estribaba, desde el día en que verifiqué mi última ascension á la buhardilla, en deshacerme del gato, cuya existencia en lo futuro era incompatible con mi tranquilidad, y huir de aquella casa.

Yo no ignoraba que la muerte del gato seria tal vez el golpe de gracia para mi *bienhechora*... ¡A tal exceso llevaba su delirio por aquel afortunado cuadrúpedo!.. Pero, ¿qué me importaba? Antes al contrario, de este modo mi venganza era completa, sin tener que reprocharme ni afrontar la comision directa de un crimen, cuya perspectiva me repugnaba.

Con una calma imperturbable, con una prevision que á mí mismo me sorprende, tomé todas mis medidas para que el proyecto no fracasara. Una noche, á la hora en que, acompañado de la vieja doméstica, sorda como una tapia y casi ciega, registraba segun costumbre todo el edificio ántes de acostarnos, puse en práctica, con resultado maravilloso, mi habilidad para forzar cerraduras y abrir puertas con el auxilio de un clavo. Bajo pretexto de que sentia ruido en el jardín contiguo, y perteneciente á la misma casa, pasé á él, arrancando los espinos que defendian el lomo de la cerca y amontonando contra la misma algunos haces de sarmientos que favorecian mi fuga. Todo esto se realizó con una prontitud y facilidad de excelente agüero para mí en aquel instante.

Llegado el momento de recogerme, me retiré á mi habitacion; deshice el lecho y apagué la luz, permaneciendo en vela hasta que todo ruido hubo cesado en la casa y en el exterior, yo no sé cuántas horas... ¡horas de angustioso sobresalto, en que mi mismo aliento me asustaba!.. Diez y doce; más cerca, más lejos, todos los relojes de la vecindad señalaron uno á uno la hora fatídica... Descalzó, conteniendo con dificultad la agitada respiracion, sin más arma que un pesado candelabro de bronce que mi puño oprimía febrilmente, á tientas, moviéndome apénas, andando de puntillas y haciendo una parada á cada paso, me lancé á aquellos corredores... Mis ojos se escapaban de sus órbitas á fuerza de querer penetrar en las tinieblas, de cuyo profundo seno mi imaginacion sobreexcitada y calenturienta hacia brotar monstruos informes que me perseguian y me amenazaban... Un grito murió en mis labios, apénas nacido; golpearon mis sienes con violencia y el terror me dejó inmóvil un instante... Delante de mí, dos puntos de oro relampagueaban con siniestros fulgores, y un cuerpo, más negro que las mismas sombras, se deslizaba, arrastrándose como una serpiente, por el suelo. ¡Allí estaba mi enemigo, espiándome, amenazándome como siempre!.. Avancé furioso; mi mano golpeaba al acaso en todas direcciones, pero inútilmente;

aquellos dos ojos, aquellas dos hogueras, llameaban delante de mí y á la misma distancia...

Arrastrado por el delirio de esta lucha horrible, llegué hasta la misma puerta del dormitorio de mi tia.

¿Qué haría mi tia Eduvigis á aquellas horas?... Por entre las hendiduras de las tablas se escapaban algunos destellos de luz... Apliqué un ojo á la cerradura, y lo que ví me acabó de alucinar hasta enloquecerme. Una veladora, puesta sobre la mesilla de noche, alumbraba á mi tia, que, sentada en el lecho, contemplaba con éxtasis un brillante monton amarillento que con vivísimos resplandores se destacaba sobre la blanca colcha... ¿Qué demonio murmuró á mi oído en aquel instante, que aquello era oro,—¡oro, que yo nunca habia visto!—y que con él conquistaria las alas que tanto habia envidiado en aquellas aves que cruzaban el cielo?... No fui yo, fué la embriaguez, el vértigo, Satanás sin duda, el que empujó mi cuerpo é hizo saltar la débil tabla, precipitándome dentro de la alcoba... Fué el misterioso, el fatal ascendiente de aquel gato negro, que poco ántes perseguía entre las tinieblas de los pasillos y que entónces contemplaba asombrado, á través de la cerradura, al pié del lecho de mi tia, colérico, irritado, clavando en la puerta el agudo dardo de su mirada y pronto á lanzarse sobre el nocturno merodeador que en aquel recinto penetrara... No sé cómo fué, pero herí... Herí una y otra vez, con saña, con encarnizamiento, con deleite, como si saboreara todo el horror de mi maldad... ¡Era aquello la glotonería del crimen!.. Mi tia, con el cráneo destrozado, se estremeció en su lecho, haciéndolo rechinar, y quedó yerta... Rodó el oro, trazando surcos de sangre, en que se habia empapado, por el suelo... Me abalancé como una fiera al odioso gato, cuya actitud provocativa parecia desafiarme, pero él huyó, y al huir, enredándose en mis piernas, me derribó. Choqué contra un mueble y perdí el conocimiento.

## VI

MI primera sensacion al despertar fué un dolor agudo en la cabeza, que más tarde noté estaba vendada, y una vaguedad, una confusion tal en mis ideas que me costó un inmenso trabajo coordinarlas para deducir poco á poco la serie de acontecimientos que me habian reducido á semejante estado.

Comprendí al punto que la casa estaba llena de gente, segun el rumor y los cuchicheos que se percibian, y que cerca de mi lecho habia tambien varias personas, algunas de las cuales hablaban misteriosamente, aunque no tan quedo que no llegase á mi oído el siguiente diálogo:

—El hecho es indudable. Los criminales han entrado por el jardín, escalando la tapia, y han ido descerrajando puertas hasta llegar á la habitacion de esa pobre señora.

—Y bien claro aparece tambien,—añadía otro,—que el móvil ha sido el robo.

—Y que este infeliz jóven, que adoraba á su tia, oyó sin duda los lamentos y acudió á socorrerla.

—¿Parece que son buenos los antecedentes de este muchacho?

—¡Inmejorables!

—¡Excelentes!

—¡Es un santo!

—¡Silencio!.. Ya parece que recobra el sentido.

Efectivamente, yo habia hecho un movimiento, impulsado por la satisfaccion que me ocasionaba aquel diálogo, garantía de mi impunidad.

—¿Cómo se siente V.?—me preguntaron.

—Perfectamente,—contesté.

—¿Se halla V. en disposicion de declarar todo lo que ha sucedido?...

—Sí, señor.—Y acto continuo, con una sangre fria sin igual, declaré que unos ladrones habian penetrado en la casa, asesinando á mi tia, y dándome un golpe, porque habia corrido á defenderla.

No recuerdo haber experimentado en mi vida instante de placer como el que tuve cuando una vez firmada la declaracion me puse á reflexionar lo fácilmente que habia engañado á aquellos hombres.

Lancé un profundo suspiro y me rebujé en las sábanas tratando de cubrirme con el embozo para que no sorprendieran la risa que á toda costa pugnaba por retozar en mis labios.

Pero aún no habia apoyado mi cabeza en la almohada cuando el diabólico felino saltó al lecho, desplomándose sobre mí con un peso insoportable... Su piel, negra y brillante, despedía chispas deslumbradoras; sus ojos amarillentos, fijos en los míos, hacíanme sentir torturas infinitas... Incorporéme sobre los colchones, lívido, desencajado, mi mano crispada aprisionó con cólera el cuello del infame animal y estrellándolo fuertemente contra el muro, grité con voz enronquecida:

—¡Huye, maldito!.. ¡Vienes á delatarme!..

Cien manos cayeron sobre mí, y con horribles ligaduras agarrotaron mis miembros, condenándome á absoluta inmovilidad.

A. SANCHEZ RAMON

## LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

v y último

La emocion y la inteligencia

«Vivir es sentir» repite constantemente la fisiología. Para ello debe el sér sensible unirse con todo lo que le



FLORES DE INVIERNO, dibujo por Jorge Hirt

rodea, asimilándose interiormente las impresiones exteriores.

La asimilación se efectúa mediante la continuidad de la fantasía ó imaginación con todo nuestro organismo sensible y señaladamente con el sistema nervioso.

El término fantasía ó imaginación está tomado del sentido de la vista, quizá porque son las sensaciones visuales las que se reproducen más fácilmente.

Pero la imaginación se aplica á todos los sentidos. Cuando se recuerdan aires musicales ya oídos, cuando compone el músico sin necesidad de instrumento ni de voz humana, cuando reconocemos una persona por el timbre de su voz, en todas estas ocasiones formamos imágenes, tomadas de impresiones auditivas.

Las representaciones que forman los ciegos de nacimiento (sin el auxilio de la vista), la lectura de relieve, con la cual llegan á constituir una geometría tangible en sustitución de la nuestra que es visible, son aplicaciones de la imaginación á impresiones tomadas del sentido del acto.

Aunque ofrece mayores dificultades, también existe representación imaginativa de los sabores, del olor y del sufrimiento, cuando, por ejemplo, goza el gloton con la imagen anticipada de una comida suculenta, el voluptuoso con la de los aromas de su jardín ó perfumes de su salón y sufre el herido previamente al representarse la amputación que ha de sufrir.

Obliga esta consideración á distinguir la debilidad de los sentidos de la inherente á la imaginación. Existen, por ejemplo, muchos hombres capaces de distinguir, cuando los ven, dos colores, siéndoles después difícil atribuir á cada uno el nombre que le es propio, porque no los conciben distintamente.

La habilidad, gracia y exactitud para describir ó contar en conversación lo que nos ha afectado depende también de esta mayor ó menor viveza de la imaginación.

Resulta por consecuencia, que todo cambio de estado, producido por la sensación, es á la vez *afectivo* (que causa placer ó dolor) y *representativo* (que nos enseña algo del objeto exterior).

En el primer aspecto como fenómeno de la sensibilidad, la sensación se llama *emoción* y en el segundo *representación*.

Ambos aspectos, comunes á todas las sensaciones, se hallan en proporción inversa, pues á medida que es más intensa la impresión, es menos clara y precisa la representación del objeto que nos afecta y vice-versa. Así decimos «estar ciegos de ira», «privarnos de todo conocimiento el fuego de la pasión», etc., y recíprocamente afirmamos «quedar serenos», «tener claridad de juicio» ante el dominio de nuestras emociones.

Pero la sensibilidad, aun exaltada por la exacerbación de las pasiones, tiende, por ley propia, á aminorar, buscando su ley de equilibrio y ponderando su aspecto afectivo ó emocional por el representativo ó propiamente intelectual.

De este modo es la sensibilidad causa ocasional ó *antecedente cronológico* del ejercicio de la inteligencia. Se anticipa la manifestación sensible, sentimos el placer ó el dolor, y después percibimos lo que sentimos. Imagen viva de ello es el niño que llora y ríe, antes de saber por qué hace lo uno ó lo otro, necesitando la ternura previsora de la madre adivinarlo, pues él es incapaz de decirlo.

En virtud de este proceso gradual ó sucesivo, la sensibilidad, antecedente cronológico de toda nuestra vida, incluso la intelectual, gravita indefectiblemente en busca de su antecedente lógico ó explicativo, que ha de hallar la inteligencia. Es decir, que la ley de la vida condiciona favorablemente para que en el fuego de la pasión se filtre gradualmente la luz reflexiva de nuestra inteligencia.

En tal acepción pues, todos los sentidos nos afectan y á la vez nos advierten ó instruyen respecto á la existencia de algo sensible y cuando algunos psicólogos han dividido los sentidos en *afectivos* (los más adheridos á la vida vegetativa) é *instructivos*, han olvidado el carácter unitario y orgánico de nuestro cuerpo y la naturaleza simple é inseparable (aunque racionalmente distinta) del alma sensible é inteligente.

¿Quién será tan míope que desconozca que los sentidos estimados como afectivos (el gusto y el olfato) nos ins-



EL DOCTOR DON JAIME FERRAN Y CLUA Y DON INOCENTE PAULÍ Y GARCERÁ (Véase el artículo)

truyen, á la vez que nos afectan, acerca de multitud de datos, que sirven de base á la ciencia química?

¿Quién será tan falto de perspicacia que ignore que los sentidos por instructivos son sentidos que también nos afectan y emocionan?

Todos nuestros sentidos (incluso el organismo) son órganos de nuestra sensibilidad emocional (placer ó dolor) y medios para el ejercicio de nuestra inteligencia sensible, que es en lo que consiste su *función noológica*.

Como consecuencia de la proporción inversa, en que se hallan dentro de la sensibilidad sus aspectos emocional y representativo, hay que tener en cuenta esta misma proporción para fijar el mayor ó menor alcance de la función noológica de nuestros sentidos.

Cuanto más nos afecta y emociona un sentido, menos nos instruye y vice-versa.

El tacto y el sentido muscular, cuyas sensaciones llegan á revestir un carácter de generalidad, que afecta á todo el organismo, y el olfato y el gusto, adheridos principalmente á la función nutritiva, son principal, aunque no exclusivamente, afectivos y en grado inferior instructivos, mientras que los más libres y diferenciados, el oído y la vista, son principalmente instructivos y subordinadamente afectivos.

En los primeros se sobrepone la emoción á la función noológica. En los segundos queda supeditada la emoción al fin instructivo. Acontece esto último, señaladamente en la vista, que es el sentido de la perspectiva, el mejor juez del orden en la extensión, el más activo é impresional, el que ofrece más elementos de conocimiento á la actividad del espíritu y por último el que ha merecido ser comparado, según lo atestigua el lenguaje, con la inteligencia, denominada vista espiritual.

El nombre de la vista ha llegado á ser el mismo de las ideas. La palabra idea, del verbo griego *eido* ver, significa imagen ó vista. El término fenómeno (cuya significación literal es apariencia visible del verbo griego *faínomai* aparecer) indica que los cambios de las cosas son usualmente percibidos por la vista.

Los vocablos ver, (en el sentido de comprender) mostrar, demostrar, especular, etc., se refieren igualmente al sentido intelectual por excelencia. Finalmente, las palabras evidencia (del latín *e-videre*) é intuición (de *in* y *tuere* confirmar la importancia general de las impresiones visuales para la vida inteligible).

Importa, sin embargo, advertir y aun patentizar, con pruebas fehacientes, que los sentidos, aislados ó reunidos, no son los que perciben la sensación; ó en otros términos, que la inteligencia, si halla su antecedente cronológico y su causa ocasional en las sensaciones, es distinta de la sensibilidad.

Para evitar este error, inherente al sensualismo, basta observar que nadie dice de un hombre que es inteligente, porque posea una vista perspicaz, un olfato y un gusto

delicados ó una sensibilidad muy excitable. Puede por el contrario ser un hombre muy inteligente y á la vez míope; con el oído tardo ó torpe se posee á veces una comprensión rápida y con una relativa insensibilidad se obtiene cierta claridad de juicio.

La vista más penetrante y de mayor alcance no hace pintor al que no lo es; el olfato delicado no da la ciencia al químico.

Newton no ha necesitado una vista más perspicaz que los demás hombres para descubrir la descomposición de la luz. Se observa pensando, no sintiendo, con la inteligencia y no con la sensibilidad.

Leverrier prescindía de su vista para asegurar la existencia del planeta por él anunciado. El célebre Hüber, el más diligente observador de la vida y costumbres de las hormigas, era ciego; recogía las observaciones auxiliado por su hija, ordenándolas y dirigiéndolas por medio de su pensamiento.

Bien significativas son además las siguientes consideraciones: 1.<sup>a</sup> que las sensaciones son comparables entre sí (aun las más opuestas), lo cual supone en el centro sensitivo un sujeto común á todas ellas; 2.<sup>a</sup> que las percepciones se conservan y aun es posible recordarlas, á pesar de lo fugaz de la sensación; 3.<sup>a</sup> que se puede aislar experimentalmente lo físico de la sensación y lo psíquico de la percepción, según se observa en los do-

lores referidos á un miembro amputado; y 4.<sup>a</sup> que ante una distracción persistente del espíritu pasa inadvertida la solitud y llamada de la sensación.

Por si aún fuera posible abrigar alguna duda acerca de lo que estimamos innegable, á saber, «que quien conoce é interpreta las impresiones afectivas es el alma auxiliada por los sentidos, pero no los sentidos mismos», se disiparía todo género de incertidumbre, reparando en el origen de los mal llamados *errores* de nuestros sentidos.

Los sentidos ofrecen á la atención del espíritu lo que reciben en la impresión, ni más ni menos, y no se engañan, son infalibles.

Quien se engaña es la inteligencia, cuando interpreta los datos sensibles, sin distinguir la apariencia de la realidad, la impresión del estado subjetivo, etc.

No se puede, por ejemplo, considerar falacia de nuestros sentidos las conclusiones erróneas que deducimos de sus datos.

Si un hombre recibe una moneda falsa como de ley, no ha sido engañado por sus sentidos, que no tienen la misión de distinguir la moneda buena de la que no lo es, sino la de dar signos que hemos de interpretar.

Con esta distinción, que impone la complejidad de nuestra vida, se concibe fácilmente cómo y por qué nuestra inteligencia, adherida á la sensibilidad orgánica y al sentimiento espiritual, no se confunde con ello.

Toma la inteligencia causa ocasional para su ejercicio de la sensibilidad, pero su función propia excede los límites de lo sensible. Y á su vez de la sensibilidad y de la inteligencia toma la voluntad sus motivos, pero su acción dinámica trasciende de las dos primeras.

Así confirma el análisis la evolución ó desarrollo de la vida humana. Comienza en la edad de la infancia por un predominio excesivo de la sensibilidad; gravita ésta hácia su equilibrio, ayudada por la inteligencia, que filtra en el fuego de la pasión la luz reflexiva del pensamiento en el período que señala el tránsito de la juventud á la madurez para determinar después sus actos merced al desarrollo gradual de la voluntad, con el dominio que va adquiriendo sobre los ciegos impulsos de la sensibilidad, guiada racionalmente por la inteligencia.

Vida instintiva primero, reflexiva después, racional más tarde, consciente y personal, tal es la marcha y proceso de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad en el alma humana.

Se concibe pues que las leyes de la sensibilidad son también leyes de la inteligencia y de toda nuestra vida.

Podemos por lo mismo repetir la frase de Feurbach «solo el ser sensible es real», pero debemos añadir «el hombre es un ser sensible, que llega á conocer racionalmente los móviles y excitantes de la sensibilidad, á dirigirlos racionalmente y á obrar como persona consciente de sí y del fin que persigue.»

U. GONZALEZ SERRANO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACIÓN EN PRENSA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. - *Ornamentación*, 2 tomos. - *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. - *Pintura y Grabado*, 1 tomo. - *Cerámica*, 1 tomo. - *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON